

NATURALEZA E CULTURA - Elena Reina, Amsterdam (1996)

En la pintura de Karenina Reis Borges se produce un cambio drástico. Desde la primera época, de su estancia en España, con una pintura eminentemente abstracta, hasta llegar al periodo que podría calificarse de realismo mágico, por ser principalmente la transparencia y el reflejo los aspectos más destacados de los objetos y de los espacios representados que, a pesar de su realidad, aparecen llenos de misterio, como si se tratara de un espejismo. En los cuadros que aquí se presentan destacan los elementos: el agua, el cielo, y la materia: los azulejos, exponentes de la interacción cultural entre Portugal y Los Países Bajos a la que se halla expuesta la artista.

El cuadro puede ser alargado, demostrando la inmensidad inabarcable del mar, o diminuto, captando un momento de las muchas formas de la apariencia, y convirtiéndola en realidad abarcable a la vista. A la vez los cuadros siempre se presentan en serie, para reflejar un momento simultáneo del paisaje que se extiende desde la playa, cubierta por la espuma que producen las olas al romper, hasta el horizonte, donde el agua y el cielo se unen. Por otro lado los cuadros pequeños engañan, porque la impresión de totalidad se pierde al pasar al cuadro siguiente y observar el cambio de ese mismo paisaje. Se produce así un continuo devenir, cambio de las múltiples apariencias de una misma realidad, reflejadas en las transformaciones del mar, desde la pálida luz del amanecer hasta la presencia del crepúsculo: los elementos mantienen su propia esencia, que es el movimiento. Esta serie, de un paisaje dividido en segmentos o reflejado en los distintos tiempos, presenta la naturaleza como un orden racional, creando distanciamiento en el contemplador.

En la serie "El Gran Azul" y en el cuadro "A la luz de Vermeer", la ventana -el marco-, leitmotiv de esta época, aprehende el momento y lo encuadra en la realidad del cuadro. Asimismo la ventana es expresión de las raíces culturales de la artista. La carencia de espacio en Los Países Bajos limita y contiene la naturaleza, las ciudades, el mar, los diques, las dunas, el polder y hasta la prostitución se encuadra dentro del marco de la ventana. La vida transcurre preferentemente en el interior y se ofrece al exterior por medio de la ventana al desnudo sin cortinas. La ventana da también acceso a la luz, de por sí escasa. En la pintura neerlandesa la ventana dotaba de luz al cuadro y reflejaba el interior lleno de vida. Karenina, influida por la cultura del sur, lleva mucho más lejos este concepto neerlandés de la ventana buscando la sinergia entre norte y sur.

En "A la luz de Vermeer" el espacio es plano, sin relieve, el marco asimétrico es el que crea la idea de espacio. El cielo, visto en un momento determinado desde el estudio de la artista en Delft, se integra al marco de la ventana. Ésta es el marco que determina y contiene el espacio interior y el exterior. El cielo presente, contenido en el cuadro, se inspira en el blanco y azul del cielo pasado que inspiró a Vermeer en "Vista de Delft". Dos formas distintas de una misma apariencia se abren ante nuestros ojos.

En la serie del mar entre azulejos no es la ventana sino el azulejo el que delimita la naturaleza y relaciona el exterior con el interior, dando una visión de la naturaleza desde dentro. La artista relaciona, asimismo, la naturaleza con la cultura y la impregna de naturaleza al captar un momento en el movimiento del mar. El azulejo se llena del devenir del mar. La imagen del exterior prepara la imagen interior. Los dibujos simétricos y recurrentes de los azulejos se asocian a los continuos cambios del agua, de las olas, al movimiento sin principio ni fin. El mar y el cielo se reflejan en la esencia de la materia que los contiene, en su nombre: azulejo, color azul añil del cielo de Portugal.

Analogía entre el plano exterior y el interior, dentro del cuadro, y desplazamiento de ambos planos. Lo que ilustra el cuadro nos enfrenta con el significado que puede tener el desplazamiento de las dos realidades fuera de él, que es al mismo tiempo el desplazamiento de la emoción, producido por la relación entre naturaleza y materia. La apariencia aquí no es esencial o 'intemporal' en el sentido neoplatónico, sino que es ambivalente.

¿Por qué unir elementos tan distintos entre sí? La respuesta es clara: el cuadro asocia experiencias distintas y busca su similitud, creando así una armonía entre ambas. El color es el que produce la armonía, principalmente el color azul y la materia que representa. El cuadro es el resultado del movimiento del pincel que crea la superficie cromática del cuadro: azul en movimiento, desde el mar y el cielo a los azulejos en dibujo de simetría arabesca. El significado del cuadro está en el azul que contiene y le da forma.

El cuadro es a la vez representación de un momento y de toda una tradición cultural ibero-árabe. Se trata de una simetría llena de símbolos, cuyo significado no podemos captar. Es una representación elaborada de la naturaleza, encerrada en el espacio celular que supone el arte árabe, que nunca se había presentado de esta forma a los ojos de la artista, ni a los del espectador. La artista representa el sujeto del cuadro, no lo copia y, como tal, lo relaciona con su propia experiencia. Se trata de una visión original, relacionada con las distintas culturas de las que procede. Las figuras simétricas de los azulejos suponen la condensación y esconden una realidad que nunca se podrá descifrar, como la esencia del movimiento del mar, parado ahora en el lienzo.

Un cuadro no podría captar la multiplicidad y la riqueza que encierran la simetría de las formas y el movimiento. Lo que cuenta es la intensidad y la búsqueda. Cada cuadro, supone una nueva tentativa en el proceso de representación. Una forma de reconciliar y recrear la naturaleza en el mundo material producido por la cultura.

Precisamente en un momento cuando la naturaleza se encuentra desnaturalizada por la acción del hombre, cuando hemos creado un mundo donde automáticamente el término cultura excluye la naturaleza, o donde ésta se encuentra domesticada, la pintura de Karenina Reis Borges es exponente de que naturaleza y cultura están íntimamente unidas, de que hay un elemento humano en lo que llamamos naturaleza.